EL DIARIO DE AVISOS

PERIÓDICO DE LA TARDE

PRECIOS DE INSERCION
Comunicados en 1.ª plana 1 peseta línea
Id. en 2.ª y 3.ª « 0'50 « «
Edictos 1.ª, 2.ª y 3.ª de 1'50 á 10 « «
Á JUICIO DEL DIRECTOR
Anuncios á precios convencionales. Los pagos han de efectuarse por adelantado.

AÑO IX NÚM 2.270

Lorca 10 de Mayo de 1895

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PESETA
En Lorca, al mes. . . . 1'00
Fúera, trimestre. . . . 4'00
LOS PAGOS SE EFECTUAN POR ADELANTADO

L' UNION

COMPAÑÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

FUNDADA EN 1828

GARANTÍAS

Capital social.	Francos	10.000.000
Reservas	«	7.635.000
Primas á cobrar . . , ...	«	71.660.157
Total de garantías,	Francos.	89.295.157
Capitales asegurados	Francos	14,729.521.163
Siniestros pagados	«	183.000.000

Esta Compañía, *La primera de las Compañías francesas de seguros contra incendios, por la importancia de su cartera,* asegura las cosechas en el campo, en pié, en gabillas y en la era, así como despues do recolectadas las especies en los almacenes, graneros ó pajares en que sean depositados á las siguientes primas:

Granos. . . . . 6 por 1.000
Paja, ... 12 por 1,000

Dirigirse en Lorca á D. Rafael Zarauz Carrasco. Subdirector de la Comp.ª

Los vinos selectos y el cognac
DE LA
EXCM. SRA. MARQUESA VDA. DE RISCAL
procedentes de sus viñedos en Elciego de Álava, se venden en el establecimiento de LA UNION
de los
Sres. Gabaldon y Segura
ÚNICO DEPÓSITO PARA SU VENTA EN LORCA, Á LOS PRECIOS SIGUIÉNTES
Caja con 25 botellas de vino en 4.° año 60 pesetas.
Idem 12 botellas de id, en id. 30 id
Una botella de id. en id. 2'50 id
Caja con 25 medias botellas id 36 id
Botella de cognac viejo 4 id
Dichos señores, depositarios exclusivos de esta escelente marca de vino de mesa, pueden servir tambien á su numerosa clientela, directamente de las bodegas de Elciego, los vinos que se deseen en barricas, barriles ó embotellados por cajas enteras á los precios señalados por la casa productora.
Vinostintos de la excelentísima Sra. Vda. Marquesa de Riscal.
LA UNIÓN—1, BODEGA, 1

LA CONCIENCIA

Servicio especial de El Diario de Avisos

Es de noche; en cámara lujósamente amueblada, en cuyo centro se ostenta magnífico lecho de ébano con ricas colgaduras de seda, yace más bien que duerme un venerable anciano, en cuyo semblante, que conserva huellas de varonil hermosura, se ven retratados la angustia y el sufrimiento. Una lámpara de alabastro que esparce su luz velada y suave, un fuerte y penetrante olor á éter, y por último, la apacible y respetable silueta de una hermanita de San Vicente de Paúl, sentada en un extremo de la habitacion leyendo en su libro de oraciones, hacen comprender á primera vista, que aquella és la habitacion de un enfermo.

De vez en cuando suspende la religiosa su lectura, se levanta y acerca cautelosamente al enfermo, arreglando sus ropas y espiando hasta sus menores movimientos, volviéndose después á asentar sin demostrar cansancio ni hastío. ¡Oh sublimes heroinas de la caridad! Poco á poco empieza á agitarse el paciente. ¡Ah! exclama la hermanita; parece que vuelve el acceso. ¡Que horribles pesadillas! ¡Aparta! ¡Aparta!—grita el enfermo con la voz entrecortada. ¡Aparta! ¡Que importuna, que horrible visión!... Por qué me persigues, por qué cual antes no te presentas á mi vista alegre y placentera... ¡Yo me acuerdo! Te ví la vez primera blanca, vaporosa... en tus hermosos ojos brillaban dos lagrimas de alegría. ¡Cuan felíz me hacías! te veía en sueños plácida y amorosa...después!... después!...Cuanto me atormentas! ¡Vete! ¿Te acuerdas?... Aquel hombre se ahogaba, yo era jóven, robusto, me despojé de mi traje, y me arrojé al agua. ¡Como luché! Casi ya sin alientos, una ola nos arrojó á la orilla...; era yo su salvador... Qué hermosa estabas. ¡Qué luciente aureola orlaba tu frente! Pero ahora ¡horror! Tu vista me estremece... ¡y eres la misma! Hermano,—dijo la caritativa hija de San Vicente de Paúl—vuelve en sí; está cubierto de sudor; tóme esta porción calmante. Y limpiando con tierna solicitud la frente del anciano le dió una cucharada de un líquido viscoso que en un vaso había.

Gracias, que bien me haceis hermana; cuan dulce y tranquilo es vuestro acento... ¡cuanto os envidio! En vuestros ojos se descubre un alma sin mancha. ¡Quien pudiera tener fondo tan hermoso!

Yo señor; vivo tranquila, sirvo á Dios, y amo á mis enfermos, sin tener odio ni rencor á nadie en el mundo.

—¡Cómo!—dijo¿—No odias á nadie?

—No—respondió la religiosa con sublime acento.

—Qué felíz sois; según eso vuestra vida ha sido siempre tranquila... ¿Nadie os ofendió?

Un relámpago brilló en los ojos de la hermana. .

¡Ah, señor,—dijo con dolorosa entonación—la historia de mi vida es triste, terrible, borrascosa, he sido combatida por todo género de pasiones, de desgracias, de horribles desventuras!... pero de esto no me es dado hablar: Sor Magdalena nació para la caridad, la religión y el olvido, cuando murió para el mundo.

– Seguid, seguid dijo el enfermo con marcadas muestras de interés. Qué voz la vuestra; parece evocar recuerdos del pasado.

—No puedo, señor, mis secretos deben morir conmigo.

¡Ah, bien comprendo que habeis sido más desgraciada; pero...

—No turbeis por el amor de Dios mis adormecidos recuerdos.

¡Luego también os han ofendido; ¿Que castigo dísteis á vuestros adversarios?

—¡Perdonarlos, hermano!

—Es imposible? ¡Dejadme!-exclamó el anciano, bruscamente. Y arrebujándose con las ropas de la cama y dando evidentes pruebas de mal humor, se volvió hacia la pared, mientras que la hermana tal vez agoviada por sus recuerdos é impresionada por aquel singular enfermo, caía de rodillas murmurando una oración.

El dia comenzaba á esparcir sus alegres resplandores, y penetraba ya su claridad por entre los espesos cortinones de las ventanas; el enfermo dormía y la religiosa seguía abismada en sus meditaciones. Sonaron dos golpecitos discretos en la puerta de la habitación: Era el doctor.

—Cómo ha pasado la noche? —preguntó en voz baja el recien llegado obedeciendo á una indicación que le hizo la hermana.

Mal, muy mal, en agitación continua y con esas horribles pesadillas.

—¡Estraña enfermedad la de este señor!—murmuró el doctor. —Aquí debe haber alguna causa moral que le mantiene en este estado de excitación, haciendo ineficaces los más poderosos calmantes y desesperando á la ciencia.

El doctor se aproximó al lecho del enfermo, examinándole detenidamente.

—No me atrevo á despertarle —dijo á la hermana.—Este sueño es el mejor medicamento que puede administrársele. Voy á receta le otro espantiespasmódico que le dará V. á cucharadas, de media en media hora, si le vuelve la crisis.

—¿Qué desenlace crée V., señor doctor, que puede tener enfermedad tan extraña?

—A no haber alguna causa que determine una reacción, completa y violenta, digámoslo así, desconfio por completo de su curación. Una alegría, una sorpresa, un fuerte disgusto que produzca á él gran emoción, solo podrán, tal vez, equilibrar ese sistema nervioso que amenaza destruir todo el organismo, pero este medio